

Si además añadimos la magnífica edición que ha logrado la editorial Eiunsa, no hay duda que estamos ante buena publicación.

A. SARMIENTO

José Luis ILLANES, *Iglesia en la Historia. Estudios sobre el pensamiento de Juan Pablo II*, Edicep, Valencia 1997, 150 pp., 20 x 15. ISBN 84-7050-454-1

El volumen recoge una serie de trabajos preparados por el autor para ocasiones diversas. Trabajos de circunstancias, pero todos ellos con el denominador común de versar sobre diversos escritos del Papa actual, aparecidos bien sea durante su época anterior a su elección como obispo de la sede romana, o bien —como se trata en su mayor parte— en torno a algunas Encíclicas de fuerte significación teológica aparecidas durante su pontificado. Abarcan desde el año 1979 hasta el año 1996. El autor ha combinado el orden cronológico con el temático a la hora de disponer su publicación conjunta. El libro viene prologado por el actual arzobispo de Valencia —ciudad en la que se edita el libro— Mons. Agustín García Gasco.

El material está distribuido en cuatro partes. Las describimos sumariamente en un primer momento, e intentaremos después exponer lo que nos parece ser una de las líneas más interesantes, entre otras, que el autor ha podido reflejar de su lectura de Juan Pablo II. Sería atractivo detenerse en cada uno de los trabajos y las diversas consideraciones del autor sobre los temas tratados, pero no es posible en este lugar.

La primera parte, «I. Escritos de Karol Wojtyła» (pp. 21-91), se dedica al análisis de algunas de las obras publicadas por Juan Pablo II antes de su elección («Amor y responsabilidad», «Signo de contradicción», «La fe de la Iglesia»).

Ya el título del primer capítulo que abre esta Primera Parte bien puede considerarse como un resúmen emblemático del entero libro: «Fe en Dios, amor al hombre: la antropología teológica de Karol Wojtyła». En efecto, esas palabras condensan la tarea intelectual y pastoral del actual Pontífice, atento a ofrecer una «lectura» de la revelación cristiana que, plenamente anclada en su dimensión teológica, sea capaz a la vez de iluminar las aspiraciones genuinas del hombre, es decir, «explicitar» la interacción entre teología y antropología inscrita en la realidad misma del mundo y de los hombres en cuanto seres concretos, los de cada generación, surgidos

del amor creador del Padre y a los que en cierto modo se ha unido el Hijo asumiendo nuestra naturaleza.

Esta lectura del Papa es una antropología teológica y cristológica, según concluye el análisis de J. L. Illanes en capítulos posteriores: «la reconciliación entre antropocentrismo y teocentrismo, tal y como la propugna Juan Pablo II, tiene en Cristo su eje estructural, y en este sentido, y aunque él mismo no haya empleado muchas veces ese vocablo, su pensamiento puede ser definido, sin duda alguna, como cristocentrismo. Antropocentrismo, teocentrismo y cristocentrismo son, en suma —al menos, en la interpretación de Juan Pablo II—, complementarios» (p. 120).

El autor dedicará dos sugerentes párrafos a explicar esta complementariedad de perspectivas —que se constituye en inspiración básica en los escritos del Papa—, y así superar una equívoca confrontación de ambas dimensiones, que en determinados momentos de la cultura occidental han aparecido como polémicas, o al menos conflictivas: «El objeto de la revelación, lo que se revela, es precisamente la inseparabilidad entre Dios y el hombre, establecida por Dios mismo. En ese sentido puede decirse que la revelación versa no tanto sobre Dios y el hombre, considerados en diferenciación y aislamiento, cuanto sobre la relación entre ambos» (p. 127). «Desde cualquiera de las perspectivas que consideremos la revelación —la realidad sobre la que versa, la fuente en la que subsiste, las actitudes que implica su recepción o su transmisión y testificación históricas—, Juan Pablo II nos invita a comprenderla como realidad de comunicación y de encuentro, de vida otorgada, manifestada, recibida y conocida. E, inseparablemente, como realidad centrada en Cristo, que es su consumidor, su contenido, su fuente viva, aquel en quien el creyente confía, a quien se une y cuya vida recibe y testifica» (p. 135).

En realidad, el título mismo del volumen de Illanes, «Iglesia en la Historia», quiere aludir —según nos parece— justamente a esta unidad: Dios y el hombre, gracia y naturaleza, fe y cultura, Iglesia e historia, constituyen aspectos diferenciados de la realidad, pero no tan heterogéneos entre sí que no se alcancen recíprocamente. Por el contrario, se relacionan teniendo ciertamente en cuenta las diversas épocas y circunstancias culturales, sociales y existenciales de la familia humana. Esta atención intelectual y pastoral por el momento epocal en que la fe cristiana es anunciada y vivida quizá sea uno de los rasgos más característicos del pensamiento del actual Papa.

Lo que decimos se apunta en la primera parte del libro, dedicada, como ya se señaló, a los escritos de K. Wojtyła, y reaparece de manera explí-

cita en la Segunda Parte: «Cuestiones teológico-dogmáticas» (pp. 93-152). Aquí, el buen hacer del autor entra derechamente en cuestiones básicas de las que, por otra parte, se ha ocupado en numerosas ocasiones: la Revelación, la teología, Iglesia/mundo, realidades terrenas, etc.: «Dios y el hombre: introducción a la *Redemptor hominis*» (II); «Antropocentrismo-teocentrismo» (III); «Revelación y encuentro con Cristo» (IV); «Fe, Iglesia y Cultura» (V). La tercera parte recoge otros cuatro trabajos dedicados a la moral social, esta vez agrupados bajo el título «Aspectos del magisterio social» (pp. 155-225). Y se desglosan del siguiente modo: «El trabajo, clave de la cuestión social: introducción a la *Laborem exercens*» (VI); «Comportamiento social y estructuras de pecado según la *Sollicitudo rei socialis*» (VII); «Verdad del hombre y dinamismo social según la *Centesimus annus*» (VIII); «Capitalismo, economía de mercado e ideología» (IX). Finalmente, la cuarta parte se dedica a «Un diagnóstico de nuestra conyuntura cultural», que se concreta en el análisis de las dos recientes Encíclicas: «Verdad moral y dignidad del hombre en la *Veritatis splendor*» (X) y la conferencia dictada en la Universidad Católica de Lublin (Polonia) en 1996: «La vida, sustancia y meta de la historia» (XI).

Como se ve, las temáticas giran en torno a la teología, la antropología y moral cristianas, en sus diversos aspectos y repercusiones para el vivir del hombre. No vamos aquí a desglosar, como ya hemos dicho, todos los análisis y contextos históricos que el autor ofrece en cada una de las temáticas que aborda (por ejemplo en lo relativo a la doctrina social de la Iglesia o a la teología moral católica en general). Y es que, con independencia de los temas particulares, el autor advierte en el pontificado de Juan Pablo II un marco enormemente unitario en sus líneas de fondo, ya diseñado en sus célebres palabras, casi programáticas, de su pontificado «¡Abrid las puertas a Cristo!».

El autor sale al paso, en este punto, de lo que podría interpretarse como simple exhortación parenética del Papa; en cambio, Illanes ahonda en las implicaciones paradigmáticas de esas palabras en el orden del pensar cristiano, y que marcan un estilo, una nueva manera de evangelizar hoy, en la que se da una primacía a lo teológico sobre lo ético en relación con los problemas sociales, culturales y humanos que encontramos, y esto porque se espera que justamente esa primacía transforme moralmente la existencia humana: «Importa notar que la invitación que Juan Pablo II dirige es, directa e inmediatamente, a abrir las puertas a Cristo, sin exigir otras condiciones previas. De ahí que a primera vista parece que podría interpretarse como una indiferencia ante los distintos sistemas (económicos, de los que se está hablando), aunque se trata en realidad de algo totalmente diver-

so, ya que obedece no a una indiferentismo ético-cultural, sino a una aguda conciencia de la primacía de lo teológico sobre lo ético. (...) Al dirigirse a los diversos sistemas y culturas, (...) (Juan Pablo II) subraya la realidad última y radical: Cristo y la honda comprensión de la dignidad y del valor del hombre que de Cristo derivan. Su invitación primera y decisiva es a abrir las puertas a Cristo, a dejar que Cristo penetre, con toda su potencia, en el interior del alma. Lo demás, la modificación de actitudes, la percepción de implicaciones éticas, vendrá después y como por añadidura, más aún, acaecerá desde dentro, siendo reconocido y vivido no como norma o criterio que adviene desde fuera, sino como despliegue del nuevo espíritu recibido que, al irse confrontando con la realidad en la que antes se vivía, va reafirmando cuanto en ella había de positivo y reclamando la modificación y el cambio de cuanto la dañaba» (p. 144).

¿A qué se debe esta actitud, vital e intelectual, de Juan Pablo II? Concretamente, y entrando ya en lo que nos ha llamado más la atención de esta recopilación de trabajos, Illanes pone repetidamente de relieve el esfuerzo del Papa actual por superar unos problemas heredados del pasado más o menos reciente, y esto lo hace —aquí estriba quizá la novedad— sanando la raíz misma en que se originaron. Con el anuncio directo y radical de Cristo Salvador, Juan Pablo II trataría de recuperar lo que podemos llamar la racionalidad propia de la fe, o con una expresión que emplea el autor, la reconstrucción de la «unidad del pensar» cristiano, que no puede menos de reflejarse posteriormente de manera existencial en la vida de los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Porque, en palabras de Illanes, «las rupturas y tensiones que conoce nuestra época son, en proporción no pequeña, reflejo de rupturas y tensiones en el interior de la inteligencia, y es por tanto a ese nivel, reconstruyendo la unidad del pensar, como tienen que ser resueltas» (p. 204). El asunto merece un cierto detenimiento.

En efecto, para entender las motivaciones que le llevan a Juan Pablo II a este modo de anunciar la fe en las coordenadas culturales y humanas actuales, Illanes evoca un capítulo de la historia de nuestra cultura que no hay que perder de vista. Lo explica así: «Desde que, en la época de las guerras de religión, la fe cristiana dejó de ser fuente de unidad en Europa para convertirse en factor de división, se intentó hallar una salida buscando en la naturaleza, en la racionalidad, un terreno común en el que los hombres pudieran concordar a pesar de las diferencias confesionales. Los siglos posteriores hicieron ver que ese lugar de encuentro era también móvil y quebradizo, aunque, como remedio útil, resultara necesario atenerse a él. Gran parte de la apologética católica —y, en cierto modo, el mismo magisterio eclesiástico— no ha vacilado en recorrer de hecho esa vía. Así lo hizo par-

tualmente la neoescolástica, volcándose hacia la filosofía, con la confianza de que, al sanar a la inteligencia en su funcionamiento propio y natural, se facilitara e hiciera más expedito el camino hacia la fe. Sin excluir ese itinerario, e incluso retomándolo en algunos momentos, Juan Pablo II sigue de ordinario, otra metodología: ir al núcleo de la fe, a Cristo, al misterio de la Redención, para presentarlo ante los hombres poniendo de manifiesto su profunda valencia divina y humana, con el deseo y la esperanza de que sus oyentes acojan ese mensaje en sus corazones, y hagan de ese modo posible que la verdad de Cristo difunda en ellos, en sus vidas y en su entorno, la totalidad de sus riquezas» (p. 143).

Con este anuncio directo e inmediato de la salvación alcanzada en Cristo, Juan Pablo II impulsa una manera de aceptar y vivir la fe cristiana en el interior de la experiencia humana que, evitando meras yuxtaposiciones —y, por lo mismo, superando presuntas armonías socio-religiosas de situaciones de «cristiandad»—, alcance totalmente su fuerza transformadora en la persona del creyente, reflejándose así en el pensar social y cultural del hombre desde su misma raíz: «no se trata de promover una simple tarea de decoración cristiana de la vida cultural, sino de invitar a una profundización radical en la fe que, mediante un proceso de creatividad, haga nacer, del interior de ella misma y de su dialogar con el acontecer de la historia, nuevas realizaciones culturales» (p. 148). Este decidido trasfondo teológico impregna y reclama «un diálogo entre la fe (y, en consecuencia, la teología como pensar desde la fe y en la fe), la filosofía y las ciencias sociales, y, por cierto, un diálogo verdadero, en el que se reconozca a este vocablo toda su virtualidad y toda su fuerza. En otras palabras, lo que propugna no es una mera yuxtaposición entre teología, filosofía y ciencias, como si la teología y la filosofía estuvieran llamadas a intervenir sólo cuando las ciencias hubieran terminado su cometido, añadiendo una coloración especulativa y una motivación religiosa a conclusiones, diagnósticos y programas ya plenamente elaborados, sino una interacción íntima y continuada entre unos y otros saberes. Toda ciencia social, en la medida en que trasciende lo meramente descriptivo —e incluso, en ocasiones, durante el mismo proceso de descripción— desemboca en la ética y, por tanto, en niveles en los que, se quiera o no, se hace referencia al valor radical del hombre y al problema de su destino» (p. 186).

El diálogo fe y cultura(s) no se resolverá, pues, en una simple coexistencia pacífica de ambas dimensiones del vivir sino que aspira, al menos como libre oferta, a integrarse armónicamente en la unidad existencial del hombre. Así ve el autor esta integración recíproca, al comentar las conocidas palabras de Juan Pablo II sobre la fe que «se hace cultura»: «Hablar

de una cultura que se abre a la fe y de una fe que se hace cultura es, por eso, hablar de un proceso en virtud del cual individuos y colectividades intentan comprender, a la vez y correlativamente, la tradición cultural a la que pertenecen y la fe que han recibido o a la que se abren. Y esto reclama una actitud a la vez positiva y crítica por la que el hombre ni se somete servilmente a la cultura dominante, ni cede a la tentación de ignorarla o anatematizarla, sino que la asume con plenitud, viviéndola y valorándola desde la fe y en la fe. Una fe que crea cultura, que engendra cultura, es una fe que se expresa y manifiesta en la realidad histórica concreta del hombre creyente, una fe que valora y vivencia la propia cultura en el interior del proyecto originario y radical que la Palabra divina ha manifestado, y ello en virtud de una síntesis vital en la que los diversos elementos no son considerados como meros componentes de un mecanismo unidos artificial y exteriormente, sino como aspectos integrantes de una realidad viva» (p. 145).

En otro extenso párrafo el autor profundiza en este camino evangelizador —integrador de antropología y teología en la persona de Jesucristo— del Papa actual: «La metodología que propone Juan Pablo II no es, pues, una metodología unidireccional, una lectura fenomenológica o un análisis de la existencia humana, realizado con las luces de la pura razón, que sólo después, en un segundo momento, da paso a la respuesta o proclamación cristiana, sino, por así decir, un movimiento en espiral, es decir, una reflexión sobre la existencia singular o sobre el acontecer histórico llevada a cabo, desde el principio, a la luz, contemporáneamente, de la experiencia humana y de la fe, de manera que, sin instrumentalizar ni uno ni otro registro, se dé lugar a un mutuo complementarse y enriquecerse de valoraciones y perspectivas. En otras palabras, una reflexión sobre la realidad, individual o colectiva, extremadamente atenta a los desarrollos históricos y a las experiencias singulares y, por tanto, no sólo respetuosa de los datos empíricos, sino promotora de análisis fenomenológicos, filosóficos o sociales que ayuden a precisar los contornos de lo real, e iluminada a la vez por cuanto la fe cristiana nos ha hecho conocer sobre el hombre y sobre su destino. Todo ello inspirado por una convicción profunda: que la fe, al proyectarse sobre la experiencia humana, la ilumina no desde fuera sino desde su interior y, por tanto, no la deforma, sino que permite llegar hasta una raíz de las cuestiones y problemas que la pura razón humana no podrá captar, pues se sitúa aun nivel de la realidad que sólo en Cristo se nos revela, pero que, una vez percibida, clarifica cuanto la experiencia y la reflexión racional ponían de manifiesto o al menos —aunque tal vez confusamente— intuían, mostrando, desde la fe, las causas últimas de los

afanes e inquietudes que agitan al hombre y de los vaivenes y crisis que conoce o puede conocer nuestra cultura» (pp. 116-117).

Unidad del pensar, integración y recíproca interacción de fe y experiencia humana, son expresiones todas que finalmente apuntan al presupuesto insoslayable de la fe cristiana: la encarnación, mediante la cual el Hijo «se ha unido en cierto modo a todo hombre». Desde ese momento todo hombre, y todo lo humano, queda referido a Cristo, de tal modo que sólo en Cristo puede el hombre percibir la verdad plena sobre su propio misterio («la verdad del hombre», en expresión querida a Juan Pablo II), y llegar al fondo de su verdadera personalidad como ser «llamado» por Dios en Cristo. En todas las inquietudes, atisbos, experiencias humanas, hay preanuncios de Cristo, que sólo en El encuentran su clarificación definitiva, como clave hermenéutica de toda la realidad, por cuanto en Cristo la revelación ha llegado a su culmen.

J. R. VILLAR

Josep M^a. ROVIRA BELLOSO, *Introducción a la teología*, BAC, Madrid 1996, 359 pp., 14, 5 x 21, 5. ISBN 84-7914-222-7

Ha sido un acierto encomendar el manual de «Introducción a la teología» de la colección *Sapientia Fidei* al profesor Rovira Bellosó, cuyos largos años de docencia de la teología en la Facultad de Cataluña le acreditan como teólogo idóneo para realizar esta tarea. Como él mismo indica en el prólogo, «al final de la enseñanza, se saborean de verdad los contenidos de la teología» (p. XVIII). Este libro es obra de un autor maduro, que recoge lo sembrado durante quince años de docencia de esta asignatura. Para presentar el libro, iré describiendo el contenido de los diez capítulos en que se divide haciendo también algunas observaciones que considero de interés.

Rovira inicia su manual situando la teología en el contexto de la revelación y la fe, tarea que, sin duda, resulta necesaria pues la teología resulta incomprensible si no se introduce al alumno en las categorías fontales de revelación y fe. En realidad, el autor concentra su esfuerzo en la categoría de revelación, por lo que su exposición debería ser completada con una presentación de la fe como acogida de esta revelación. Partiendo de la observación de que Dios permanece misterioso aun en su revelación, el autor va mostrando diversos aspectos de la revelación en cuanto comunicación personal de Dios para concluir con una visión trinitaria del concepto: «La